

## ***El pacifismo, cipayo del imperialismo***

**León Trotsky  
Mediados junio de 1917**

(Versión al castellano desde "[Le pacifisme, suplétif de l'impérialisme](#)", en [León Trotsky – Les Oeuvres – MIA](#).  
Publicado en *Vperiod*, Petrogrado, a mediados de junio de 1917)

Nunca el mundo ha contado con tantos pacifistas, precisamente ahora que los hombres se matan entre ellos. Cada época histórica no solamente tiene sus técnicas y formas políticas propias, sino, también, su hipocresía específica. En determinado período, los pueblos se exterminaban mutuamente en nombre de las enseñanzas del cristianismo, del amor a la humanidad. En adelante únicamente los gobiernos más reaccionarios se acogen a Cristo. Las naciones progresistas se degüellan mutuamente en nombre del pacifismo. Wilson arrastra a los Estados Unidos a la guerra en nombre de la Liga de las Naciones y la paz perpetua. Kerensky y Tsereteli abogan por una nueva ofensiva pretendiendo que ésta acercará la paz.

Hoy en día carecemos cruelmente del verbo satírico y la indignación de Juvenal. Sea como sea, incluso las armas satíricas más corrosivas se muestran impotentes e ilusorias ante la alianza triunfante de la infamia y la servidumbre (dos elementos que, con esta guerra, se han desarrollado sin traba alguna).

El pacifismo pertenece al mismo linaje histórico que la democracia. La burguesía intentó realizar su gran obra histórica tratando de poner todas las relaciones humanas bajo la autoridad de la razón, y reemplazar las tradiciones ciegas y estúpidas por las herramientas del pensamiento crítico. Las ataduras que los gremios le anudaban a la producción, los privilegios que paralizaban a las instituciones políticas, la monarquía absoluta... todo esto no eran más que vestigios de las tradiciones de la Edad Media. La democracia burguesa tenía una absoluta necesidad de la igualdad jurídica para permitir la expansión de la competencia y del parlamentarismo, para administrar los asuntos públicos. También buscó regular de la misma forma las relaciones entre las naciones. Pero, en este punto, tropezó con la guerra, es decir una forma de solucionar los problemas que representa una total negación de la "razón". Entonces comenzó a decirles a los poetas, filósofos, moralistas y hombres de negocios, que sería mucho más productivo para ellos llegar a la "paz perpetua". Y éste es el argumento lógico que se encuentra en la base del pacifismo.

La tarea original del pacifismo, sin embargo, es fundamentalmente la misma que la de la democracia burguesa. Su crítica sólo aborda la superficie de los fenómenos sociales, no se atreve a ir al grano, a cortar la carne al vivo y llegar a las relaciones económicas que los sustentan. El realismo capitalista juega con la idea de una paz universal basada en la armonía de la razón, y lo hace de una forma que más cínica con las ideas de la libertad, la igualdad y la fraternidad. El capitalismo ha desarrollado la técnica sobre una base racional pero ha fracasado en racionalizar las condiciones económicas. Ha puesto a punto armas masivas de exterminio con las que jamás podrían haber soñado los "bárbaros" de la época medieval.

La rápida internacionalización de las relaciones económicas, y el constante crecimiento del militarismo, le han quitado al pacifismo todo fundamento sólido. Pero al mismo tiempo, estas mismas fuerzas le han procurado una nueva aura que contrasta tanto con su antigua apariencia como una rojiza puesta de sol difiere de un alba rosácea.

Los diez años que precedieron a la guerra mundial se califican generalmente como “*paz armada*”, cuando resulta que se trata, de hecho, de un período de guerra ininterrumpida en los territorios coloniales.

La guerra ha castigado duramente a las zonas pobladas por pueblos débiles y atrasados; ha llevado a la participación de África, Polinesia y Asia, y ha abierto la vía a la guerra actual. Pero, como en Europa no se ha estallado ninguna guerra desde 1871, aunque se hayan producido conflictos limitados pero agudos, los pequeñoburgueses se han acunado en una dulce ilusión: en la existencia y el refuerzo continuo de un ejército nacional que garantizaría la paz y permitiría algún día la adopción de un nuevo derecho internacional. Evidentemente, los gobiernos capitalistas y el gran capital no se opusieron a esta interpretación “pacifista” del militarismo. Durante ese tiempo, los preparativos del conflicto mundial alcanzaban su apogeo y la catástrofe se iba a producir muy pronto.

Teórica y políticamente, el pacifismo descansa exactamente sobre la misma base que la doctrina de la armonía social entre los intereses de clase diferentes.

La oposición entre estados capitalistas nacionales tiene exactamente la misma base económica que la lucha de clases. Si se cree posible una atenuación gradual de la lucha de clases, entonces también se creará en la atenuación gradual y en la regulación de los conflictos nacionales.

La pequeña burguesía siempre ha sido el mejor guardián de la ideología democrática, de todas sus tradiciones e ilusiones. Durante la segunda mitad del siglo XIX sufrió profundas transformaciones internas pero todavía no había desaparecido de escena. En el mismo momento en el que el desarrollo de la técnica capitalista minaba permanentemente su papel económico, el sufragio universal y el servicio militar obligatorio le ofrecieron, gracias a su fuerza numérica, la ilusión de ejercer un papel político. Cuando el pequeño patrón lograba no resultar aplastado por el gran capital, el sistema de crédito se encargaba de someterlo. A los representantes del gran capital no le quedaba ya nada más que hacer que subordinar a la pequeña burguesía en el terreno político sirviéndose de sus teorías y prejuicios y confiriéndoles un valor ficticio. Tal es la explicación del fenómeno que se puede observar durante la década precedente a la guerra: entonces el campo de influencia del imperialismo reaccionario se ampliaba y alcanzaba un terrorífico nivel al mismo tiempo que florecían las ilusiones reformistas y pacifistas en la democracia burguesa. El gran capital había domesticado a la pequeña burguesía para que sirviese a sus fines imperialistas apoyándose en los prejuicios específicos de esta clase.

Francia es el ejemplo clásico de ese doble proceso. En ese país dominado por el capital financiero existe una pequeña burguesía numerosa y generalmente conservadora. Gracias a los préstamos al extranjero, a las colonias, a la alianza con Rusia e Inglaterra, la capa superior de la población se ha visto implicada en todos los intereses y conflictos del capitalismo mundial. Al mismo tiempo, la pequeña burguesía francesa sigue siendo provinciana hasta la médula. La pequeña burguesía siente un miedo instintivo ante los asuntos mundiales y, durante toda su vida, sufre horror ante la guerra, esencialmente porque sólo tiene un hijo al que dejará su negocio y muebles. Este pequeño burgués envía a un radical burgués a representarlo en el parlamento porque ese señor promete que preservará la paz gracias a la Liga de las Naciones, por una parte, y, por otra parte, a los cosacos rusos que le partirán la cabeza al Káiser por él. Cuando el diputado radical,

salido de su pequeño ambiente de abogados de provincias, llega a París, está animado por una sólida fe en la paz. Sin embargo, sólo tiene una vaga noción de la localización del Golfo Pérsico y no sabe si el ferrocarril de Bagdad es necesario ni a quién pueda serle útil. En ese ambiente de diputados “pacifistas” es en el que se rebusca para formar los gobiernos radicales. E inmediatamente, éstos se ven enredados en las ramificaciones de todas las precedentes obligaciones diplomáticas y militares suscritas con Rusia, África y Asia en nombre de diversos grupos de interés financieros de la bolsa francesa. El gobierno y el parlamento jamás han abandonado su fraseología pacifista pero, al mismo tiempo, han proseguido una política exterior que finalmente ha llevado a Francia a la guerra.

Los pacifismos inglés y norteamericano (aunque las condiciones sociales e ideológicas de esos países difieran considerablemente de las de Francia, y a pesar de la ausencia de cualquier ideología en Norteamérica) cumplen esencialmente la misma tarea: ofrecen una válvula de escape al miedo de los ciudadanos pequeñoburgueses ante las sacudidas mundiales que, después de todo, no pueden hacer otra cosa más que privarlos de los últimos vestigios de su independencia; acunan y adormecen la vigilancia de la pequeña burguesía gracias a nociones como el desarme, el derecho internacional o los tribunales de arbitraje. Después, en un momento determinado, los pacifistas incitan a la pequeña burguesía a sacrificarse en cuerpo y alma al imperialismo capitalista que ya ha movilizado todos los medios necesarios para lograr ese efecto: conocimientos técnicos, arte, religión, pacifismo burgués y “socialismo” patriótico.

“Estamos contra la guerra, nuestros diputados, nuestros ministros, todos se oponen a la guerra”, se lamenta el pequeñoburgués francés: “Resulta de eso, pues, que se nos ha forzado a hacer la guerra y que para realizar nuestro ideal pacifista debemos llevar esta guerra hasta la victoria”. “¡Hasta el final!” grita el representante del pacifismo francés, el barón de Estournel de Constant para consagrar solemnemente la filosofía pacifista.

Para llevar la guerra hasta la victoria, la bolsa de Londres tiene una absoluta necesidad del respaldo de pacifistas con el temple del liberal Asquith o del demagogo radical Lloyd George. “Si esos hombres dirigen la guerra, se han dicho a sí mismos los ingleses, entonces es que tenemos el derecho de nuestra parte.”

Igual que el gas de combate o los empréstitos de guerra, que no cesan de aumentar, el pacifismo tiene, pues, su papel a jugar en el desarrollo del conflicto mundial.

En los Estados Unidos, el pacifismo de la pequeña burguesía ha desvelado su verdadero papel, el de servidor del imperialismo, de forma aún menos disimulada. Allí, como en todos los lugares, por otra parte, quienes hacen la política son los bancos y los trusts. Incluso antes de 1914, gracias al extraordinario desarrollo de la industria y de las exportaciones, los Estados Unidos ya habían comenzado a comprometerse cada vez más en la arena mundial para defender sus intereses y los del imperialismo. Pero la guerra europea ha acelerado esa evolución imperialista hasta el punto en el que ha alcanzado un ritmo febril. En el momento en el que numerosas personas virtuosas (incluyendo a Kautsky) confiaban en que los horrores de la carnicería europea inspirarían a la burguesía norteamericana un santo horror al militarismo, la influencia real del conflicto en Europa se dejaba sentir no en el plano psicológico sino en el plano material, y llevaba a un resultado exactamente inverso. Las exportaciones de los Estados Unidos, que alcanzaban en 1913 los 2.466 millones de dólares, han progresado en 1915 hasta alcanzar el increíble montante de los 5.481 millones. Naturalmente que la industria de las municiones se ha llevado la parte del león. Después surgió de golpe la amenaza de la interrupción del comercio con los países de la Entente, cuando comenzó la guerra de

submarinos sin límites. En 1915, la Entente había importado 35.000 millones de bienes norteamericanos, mientras que Alemania y Austria-Hungría sólo habían importado 15 millones. Estaban en juego, pues, gigantescos beneficios, pero, también, una grave crisis del conjunto de la industria norteamericana que descansa en la industria de guerra. Esas cifras son las que debemos tener en mente si queremos comprender el reparto en Norteamérica de las “simpatías” hacia cada campo. Y los capitalista llamaron entonces al estado: “Usted ha constituido la industria militar bajo la bandera del pacifismo, es usted, pues, quien debe encontrarnos nuevos mercados.” Si el estado no estaba en condiciones de prometer la “libre navegación de los mares” (dicho de otra forma, la libertad para extraer capital de la sangre humana), tenía que encontrar nuevos mercados para las industrias de guerra amenazadas en la misma Norteamérica. Y las necesidades de la carnicería europea llevaron, así, a una *repentina y catastrófica* militarización de los Estados Unidos.

Era previsible que esas medidas suscitaran la oposición de una gran parte de la población. En materia de política interna pues, calmar ese descontento de indefinidos contornos y transformarlo en cooperación patriótica constituía un desafío capital. Y por una extraña ironía de la historia, el pacifismo oficial de Wilson, tanto como el pacifismo de “oposición” de Bryan, suministró las armas más aptas para la obtención del objetivo: controlar a las masas mediante el militarismo.

Bryan expresó, alto y claro, la aversión natural de los campesinos y de todos los pequeñoburgueses hacia el imperialismo, el militarismo y el aumento de impuestos. Pero, mientras multiplicaba las peticiones y delegaciones ante sus colegas pacifistas que ocupaban los más altos cargos gubernamentales, Bryan hacía todo lo posible para romper con la tendencia revolucionaria de ese movimiento.

Bryan telegrafió a un mitin antiguerra que se celebró en Chicago en febrero con estas palabras: “Si se llega a la guerra, *apoyaremos al gobierno*, pero hasta ese momento nuestro deber más sagrado es hacer todo lo está en nuestras manos para evitar los horrores de la guerra.” Esas pocas palabras contienen todo el programa del pacifismo pequeñoburgués. “todo lo que está en nuestras manos para evitar la guerra” significa ofrecer un desahogo a la oposición de las masas bajo la forma de inofensivos manifiestos. Así se le asegura al gobierno que, si tiene lugar la guerra, la oposición pacifista no pondrá ningún obstáculo a su acción.

En verdad, *esto es todo lo que necesita el pacifismo oficial*: un Wilson que ya había dado a los capitalistas que hacen la guerra numerosas pruebas de su “disposición a combatir”. Y el mismo Señor Bryan entiende que es suficiente con haber hecho esas declaraciones, tras lo cual quedó satisfecho con apartar a un lado su estruendosa oposición a la guerra con un único objetivo: declarar la guerra. Como Wilson, Bryan se precipitó en ayuda del gobierno. Y las grandes masas, no solamente la pequeña burguesía, se dijeron: “Si nuestro gobierno, dirigido por un pacifista de reputación mundial como Wilson, puede declarar la guerra, y si el mismo Bryan puede apoyarlo en la cuestión de la guerra, entonces seguramente es que se trata de una guerra justa y necesaria”. Esto explica por qué el virtuoso pacifismo, a la moda cuáquera, apoyado por los demagogos que dirigen el gobierno, era tenido en tan alta estima por la bolsa y los dirigentes de la industria de guerra.

Nuestro propio pacifismo menchevique, socialista-revolucionario, a pesar de las diferencias de condiciones locales, ha ejercido exactamente el mismo papel a su manera. La resolución sobre la guerra, adoptada por la mayoría del Congreso Panruso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados, no solamente se basa en los mismos prejuicios pacifistas en lo concerniente a la guerra sino, también, en las características de la guerra imperialista. El congreso afirma que “la primera y más importante de las

tareas de la democracia revolucionaria” es la de acabar rápidamente con la guerra. Pero esas declaraciones sólo tienen un objetivo: en tanto que los esfuerzos internacionales de la democracia burguesa no logren acabar con la guerra, la democracia revolucionaria rusa exige con fuerza que el ejército ruso esté preparado para el combate, tanto a la defensiva como a la ofensiva.

La revisión de los antiguos tratados internacionales le obliga al Congreso Panruso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados a someterse de buen grado a los diplomáticos de la Entente, y en su naturaleza no está liquidar el carácter imperialista de la guerra, incluso si pudiesen hacerlo. Los “esfuerzos internacionales de las democracias” abandonan al Congreso Panruso de los Sóviets y a sus dirigentes en manos de los patriotas socialdemócratas, que están atados de pies y manos a sus gobiernos imperialistas. Y esta misma mayoría del Congreso Panruso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados, tras verse comprometida en una vía sin salida (“el fin lo más rápidamente posible de la guerra”) se ha visto llevada ahora, en lo que concierne a la política práctica, a una precisa conclusión: *la ofensiva*. Un “pacifismo” que se somete a la pequeña burguesía y nos lleva a apoyar la ofensiva, por descontado que se verá acogido muy calurosamente por el gobierno ruso y, también, por las potencias imperialista de la Entente.

Miliukov, por ejemplo, ha declarado que: “Nuestra lealtad hacia nuestros aliados y hacia los antiguos tratados (imperialistas) firmados nos obliga a iniciar la ofensiva.”

Kerensky y Tsereteli afirman: “Aunque los antiguos tratados no hayan sido todavía revisados, la ofensiva es inevitable.”

Los argumentos varían pero la política es la misma. Y no puede ser de otra forma puesto que Kerensky y Tsereteli están estrechamente ligados al partido de Miliukov que se encuentra en el gobierno.

El pacifismo socialdemócrata y patriótico de Dan, igual que el pacifismo al estilo cuáquero de Bryan, sirve de hecho a los intereses de las potencias imperialistas.

Por ello la tarea más importante de la diplomacia rusa no consiste en persuadir a la diplomacia de la Entente para que revise tal o tal otro tratado, o para que derogue tal disposición, sino en convencerla de que la revolución rusa es absolutamente fiable, que se puede confiar en ella con toda seguridad.

El embajador ruso, Bachmatiev, en su discurso ante el Congreso Norteamericano del 10 de junio, también ha caracterizado la actividad del Gobierno Provisional desde este punto de vista:

Ha dicho: “todos esos acontecimientos demuestran que el poder y la representatividad del Gobierno Provisional aumenta cada día. Cuanto más aumenten, más en condiciones estará el gobierno para eliminar a los elementos desintegradores que provienen de la reacción o de la extrema izquierda. El Gobierno Provisional acaba ahora justamente de decidir tomar todas las medidas necesarias para lograrlo, incluso si es necesario utilizar la fuerza, aunque no cesa de buscar una solución pacífica para esos problemas.”

Ni por un instante se puede dudar de que el “honor nacional” de nuestros patriotas socialdemócratas se mantiene intacto cuando el embajador de la “democracia revolucionaria” se apresura a demostrarle a la plutocracia norteamericana que el gobierno ruso está presto para hacer correr la sangre del proletariado ruso en nombre de la ley y el orden. El elemento más importante del mantenimiento del orden era el apoyo leal a los capitalistas de la Entente.

Y mientras que Herr Machmatiev, con el sombrero en la mano, se dirigía humildemente a las hienas de la bolsa norteamericana, *messieurs*<sup>1</sup> Tsereteli y Kerensky adormecían a la “democracia revolucionaria” asegurándole que era imposible combatir a la “anarquía de la izquierda” sin utilizar la fuerza y amenazaban con desarmar a los obreros de Petrogrado y a los regimientos que los apoyaban. Ahora podemos ver que esas amenazas se proferían en un buen momento: eran la mejor garantía para los préstamos norteamericanos a Rusia.

Herr Bachmatiev podía haberle dicho a Mr. Wilson: “Ahora puede ver que nuestro pacifismo revolucionario no difiere ni un pelo del pacifismo de su bolsa. Y si pueden creer a Mr. Bryan, ¿por qué no podrían creer a Herr Tsereteli?”

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

---

<sup>1</sup> En francés en el original. “Señores”.